





Encuentro Literario

Oscar Castro, poeta, cuerpo de greda, poeta, alma de nardo

ARE 8968

"Tengo de greda hecha la frente
De greda largo mis dos manos
Sabiduría de mi sueño.
Sabiduría de mi tacto".
(Ritmo del Canto O Castro)

El 12 de septiembre de 1947, Oscar Castro ingresaba al Hospital del Salvador, en Santiago. Tuvo que soportar, primero, las imperitencias, descamadas y sádicas inconsecuencias de la tradicional burocracia y las transacciones de nuestros servicios, al es que serenos merceden llamarse. Como de costumbre, se hizo indispensable el amigo influyente, la "cuña", el "compadre", para que se abra una puerta, se otorgue la atención requerida, se terminen los abusivos "nuevos mañanas" o los humillantes... "lo siento, su caso es irreparable... Que pase el siguiente". Don Julio Aránguiz, del Ministerio de Educación y el Sicológico Dr. Osvaldo Puelma, fueron los ángeles tutelares del poeta que ya, débil, desnutrido, agobiado por el exceso de trabajo y herido por la peste blanca, iba al encuentro con la muerte cuando aún no cumplía ni los cuarenta años. Amarga primavera en la que, desde su pulcra habitación del Hospital del Salvador, escuchaba el estridente sordo de los gritos mientras agonizaba su alma en la soledad incommensurable del crepúsculo:

"Bordadora de cielo
la ventana fragante.
Por los caminos puros
ya no venía nadie".
(Tarde presente en otra Tarde)

Nadie. Solo el caminar sin prisas de alguna Hija de la Caridad, con sus amplios hábitos azules, sus luneros rosados y su toca de las blancas y amonadas. El poeta tiene tiempo para las evocaciones, para irse, con el pensamiento, hasta los largos transitorios, a la firma que ama, pese a que la última garra que coschó iba atada con los caridos del desengaño y los abrojos del desprecio. Había tenido que dejar, abruptamente, la pedagogía que ejercía en el Liceo que hoy lleva su nombre. Todavía escribe. De su espíritu atormentado vienen esos largos poemas que van quedando como flores entre las páginas de un libro: en su último cuaderno cuya mortecina palidez parece remediar la que muestran las manos azabachinas del artista. Hay un primer poema en el hospital que es una amarga queja sobre la suerte de un hombre que agoniza en la misma pieza en que está Castro. Hay, en este poema, artistas que nos hacen recordar el "Romance del Emplazado", de García Lorca, pero con tintas más oscuras aún, porque para un enamorado de la vida, la muerte se llama Desgracia. Habrá días serenos, casi felices para ser vividos en el hospital. Hasta quedará margen para gozar el futuro y planificarlo. Lúcido, su mujer, le acompaña. Sigue brotando la voriente fresca de su canto. (La poesía no sabe de tuberculosis) Inesperadamente transparencia de estos poemas el amor, a los recuerdos, a la vida. Riforman las figuras y las voces que no cesan, como no cesa el espectáculo repetido de las olas, el canto en arpeggios de cristal del jilguero o el terciopele embriagador de los vinos. Designa Oscar los racimos de su lúcido rigorismo, vuelven como en benditas las golondrinas de su alado pensamiento. Léase esta estrofa, saturada de sereno encanto y de seguro ritmo:

"Emprendí mi regreso, como quien va desnudo.
Como si el alma toda se me volviera canto.
Y en un recodo estaban los brazos del silencio
clavados con estrellas sobre la cruz de un árbol.

En el trino de un pájaro se hizo delicia al mundo y acaricié los montes la campana del Angelus". Leer los últimos poemas de Oscar Castro es como beberse la esencia de toda su obra, es abrazar todos los climas, escuchar todos los acordes que hacen posible la emoción, es despertar el placer espiritual y el halago de todos los sentidos. Como en una galería se despiden, giran, estallan, de nuevo, los vientos, las estrellas, la luna, los ríos, los juncos, las rosas, los gritos, las ovejas y la quietud de los campos, con sus higueros, sus olivos y sus vides. Pero, ¿cómo se sabe yéndole a la comarca que no permite retornos: "Yo poseo la llave de la ausencia".

Con ella entro a la casa del silencio". En estos torbellinos de paz descubre el poeta la belleza de la vida retirada, lejos ya de los parentesis bohemios y del bullicio de la camaradería que enciende el ánimo de Los Indios o la tertulia alegre con sus cotidianos en Rancagua. Estos torbellinos se llenan de luz. En ellos aparece Dios. Un Dios personal, desconectado de cualquier religión, bíblico al fin, pero un Dios cuyos atributos son el goce y contemplación de su creación, la omnipotencia de la belleza (que al fin, Dios es la Belleza increada). Imposible no reconocer aquí la influencia bíblica. Oscar escribe su propio Génesis, en el cual los elementos que surgen de la voz creadora son la rosa, el viento, el agua, el alba, la tarde. Y otra vez están aquí los gritos, los clavos, los ruidos, los tréboles, la malva... Hay imágenes precursoras de lo que será la voz nerudiana:

"Desgraname de harnas sidonias
agua de la emoción".

Dios creó en la noche, maravillosamente y los montes pudieron alzar y crecer en colinas
calleadas como témporas azules".

Esta poesía de la hora undécima tiene, reiteradamente, ritmos bíblicos:

"Toda la Creación llama a Dios,
en sus venas giraban átomos y planetas".

En un último poema a Isolda - para ella había escrito en una tarde de primavera y volantes ese bello romance: "Para que no me olvides" - Oscar alude a Dios que acogió este poeta que, tal vez, rezó poco pero que no desperdició sus talentos y que hizo del idioma un joyero deslumbrante. El ya está consciente de su partida:

"Pero verdad permíteme, nos recoge
la gran mano de Dios
y ya vivimos
en esa gran desnudez de lo divino".

Día luego que Dios es "Quien tiene los ríos
fuyendo de su voz... Aquel cuyas flechas encienden
el lucero".

Se venía el final de Octubre, con glorias que perfumaban los corredores con sus crespones de sedosas liras; las rosas enroscaban ternuras y poliorrías antojadizas en sus bolones, era nuevo el canto de la fuente y los árboles estrenaban vestidos nuevos, lustrosos, en los que el sol dejaba enredadas sus hebras de oro. Se acercaba esa fiesta tan afincada en el alma religiosa de nuestro pueblo: Todos los Santos. Cuando cada cual tiene un recuerdo para sus muertos y las tumbas - aun las más humildes - ostentan flores frescas y hay en los labios de los vinos una plegaria, unas palabras de recuerdo y en los ojos, una lágrima. Oscar va de la mano del ángel de la muerte en ese día de flores, de ahorradas y melancolías. Sus ojos cansados ya por el agobiante peso de la agonía prolongada y dolorosa, buscan en el infinito "el vivir que es perdurable". Para él, la vida, simplemente, fue dejar

"huellas en la tierra", dejamos en herencia su poesía, como deja el "ruido en el trébol". Se fue Oscar ese día de Todos los Santos. Tal vez, porque ese día, la Primavera deja su sonrisa y su beso florido en cada comensando y los pétalos de las flores elevan un arroyo de paz sobre los muertos. Se apagó la lámpara azul de Oscar Castro. Ya no invita a que vayamos al valle donde vivió, ni a compartir la hogaza amasada con trigos morados, ni a que alcemos el vaso que celebra el modo de noble amistad. Ha bajado a la tierra, para devolvernos todo lo que le debía. Pero el olor a vendimia de sus versos nos seguirá embriagando. Oscar se ha ido. Guardemos silencio para que no lo desvían los luceros ni las liras del grillo podan su recuerdo. Se fue el hombre "de lento mirar", el mediero de la belleza y la amistad, el vendedor de candores maduros, pródigo de canciones recién cortadas. "Tréboles y alturas dirán un cantar" porque Oscar, hombre carta cabal, el trovador de los vales que niega el Cachapual, ha tocado el pillaje insondable de la eternidad.

HERENCIA DE UN POETA

Oscar Castro fue - es - el hombre, el poeta que "va rodando por el suelo abierto el dorado maíz de su palabra". Después de medio siglo de su partida, nos sigue embriagando y alimentando el espíritu la gloriosa luz de su poesía, la entreténida simpatía de su prosa: poeta, cuentista, novelista. Nos dejamos seducir por la meliflua voz del hombre que cultivó en su alma el amor por lo nuestro, la admiración por la gente que, sin asperos, en la resignación y el esfuerzo cotidiano, hacen que Chile cobre su identidad y encuentre su razón de ser. En la galería de personajes que, con trazos decididos nos entrega Oscar Castro, hay mineros de alma indolente y de cuerpo combativo, campesinos ingeniosos, laboriosos, hospitalarios, patrones bonachones o con intus de tirano. No menos rica es la psicología de sus personajes femeninos: madres abnegadas, sufridas, humildes. Muchachas de pueblo que ansían surgir y son succionadas por la vorágine de un ambiente sordido. Mujeres que saben dar amor, mercedes que, pese a su degradada condición, tienen un corazón bien puesto y gestos enternecedores. Las mujeres de Oscar son siempre sensuales, como que no rocan en presentearlas con un toque de voluptuosidad, más siempre con respeto. Oscar es un maestro del lenguaje. Maneja diestramente el idioma materno tanto en su lexicología como en su gramática. Con singular desparpajo construye su relato, firma, coloca el vocablo preciso. Es un autodidacta, no lo olvidemos, no supo casi de aulas escolares y meros de pedagogías universitarias. Se enriqueció con la lectura personal. El resto es producto del incendio que provocan las chispas de su fantasía y de su imaginación, aliadas con una prodigiosa memoria, transparente, fiel, poderosa. Leyó en el libro abierto de la naturaleza - observador meticuloso - y en los herméticos recovecos del alma humana. Hicío este Oscar a pesar de su trágica contadura. Un día, para honrarlo, le colgaron al cuello la medalla de la Santa Cruz de Triana de Rancagua. Pero, el día que murió Oscar Castro, fue el poeta el que cogió su corazón, le molió de su lira, la magia de sus romances en el alma de Rancagua. Muchos son los que dicen tener el honor de ser rancagüinos. Rancagua tiene el honor de decir que Oscar Castro es su hijo más predilecto.

Mario Noceti Z.

Oscar CAstro, poeta, cuerpo de greda, poeta, alma de nardo
[artículo] Mario Noceti Z.

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oscar CAstro, poeta, cuerpo de greda, poeta, alma de nardo [artículo] Mario Noceti Z.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile